



ISSN: 2953-4283

2022 (1)

## LOS MUSEOS Y EL PODER DE LA EDUCACIÓN EN LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

1

---

El poder de los museos como sabemos, ha sido el tema propuesto en el año 2022 por el Consejo Internacional de Museos (ICOM), para desarrollar las diferentes actividades desde todas las instituciones museológicas del mundo por el día internacional de los museos.

En este sentido me interesa enlazar ese “poder” con las/los verdaderos artífices: las personas que integran las comunidades. Y luego desde allí pensar juntos en el rol de la educación como valor y como derecho para mediar en la tan anhelada transformación social, a la cual no puedo dejar de ligar con la justicia social.

Y en este sentido comenzar con una cita de Mario de Souza Chagas (2009) donde expresa que “la museología que no sirve para la vida no sirve para nada” a lo que confronta con renovadas palabras en la actualidad que, “la museología que no cuida la vida no sirve para nada“. Estamos ante un proceso museológico que produce nuevos agenciamientos lo que significa *hacer, actuar. El agenciamiento se traduce en la capacidad del sujeto para generar espacios críticos no hegemónicos de enunciación del yo, en y desde lo colectivo, para contrarrestar las lógicas de control que se le imponen*, nuevas líneas de acción y hace rizoma con el mundo. Es un museo que, con memoria y creatividad, con afectos políticos y poéticos, produce transformaciones sociales y hace historia. Es un museo que ejerce nuevas imaginaciones políticas, poéticas y museológicas y colabora en la innovación e invención de conceptos y prácticas. Una museología plenamente al servicio de la vida, pues, como dice el filósofo Cláudio Ulpiano, "la filosofía, el arte y la ciencia o el pensamiento son fuerzas que prestan servicios prácticos a la vida, nada más". Esto y solo esto es lo que da sentido a la Museología Social.

Para pensar en estas primeras ideas, es importante reconocer que la llamada museología social, que también puede llamarse Sociomuseología y, según la situación y el proyecto, Museología Crítica o Museología del Afecto -como la denominamos desde el Comité de Educación y Acción Cultural para América Latina y el Caribe -CECA LAC-, está en marcha. Está claro que hay diferencias, sutilezas entre estas distintas denominaciones, pero lo que está en juego aquí y ahora es el reconocimiento de un común en movimiento.

En ello, podemos situarnos dentro de la Museología Social, ya que esta alude a cimentar en consonancia con el camino de la justicia social, de la inclusión plena, de la pluralidad de voces, donde el museo debe comprender, que hace tiempo ya no tiene el monopolio de los conocimientos, sino que ellos tienen significado si se edifican junto a todas y todos las y los sujetos sociales: las comunidades.

Me gustaría pensar con ustedes de qué hablamos cuando mencionamos la palabra poder. Muchos se han referido desde la filosofía sobre este concepto, en mi caso tomo aquí la palabra de Foucault donde expresa que “el poder está en todas partes y viene de todas partes”. También, éste rechazaba la concepción tradicional del poder como algo que se puede poseer y blandir como un arma o una herramienta. Según Foucault, esto no es poder, sino la capacidad de ejercerlo, y no se convierte en poder hasta que se actúa.

El museo como institución permanente, con el paso del tiempo, ha dado forma, razón y sentido, a acciones significativas, esas que trascienden, por medio de un valor medular y un derecho sustancial para la vida, como lo es la educación.

Paulo Freire nos habla de la educación como un acto político, y esto es axiomático, como también es indudable, que el museo como organización política, educativa y cultural, ha posibilitado, particularmente desde las áreas educativas, desplegar y articular, diferentes maneras de comunicación, así como establecer rituales estables, y de contacto real, efectivo y emotivo, con sus públicos y especialmente con sus comunidades. Incluso pensando y sabiendo que no es “con”, sino “junto” a ellas, como artífices de cualquier lógica de construcción desde el museo.

Para ello, educadoras y educadores, han forjado en distintos momentos y lo continúan haciendo hasta la actualidad, grandes esfuerzos, en pos de una multiplicidad de contenidos y tácticas, con el claro y hasta tácito objetivo, de popularizarlo, es decir generar un ámbito de reivindicación de sectores sistemáticamente marginados y de luchas históricamente invisibilizadas, donde se diera y se dé la trascendental justicia social que mencioné antes, esa que propugnamos desde la Museología Social en Latinoamérica y el Caribe, esa donde la primacía esté enfocada en la fuerza de lo inclusivo y representativo, atendiendo a las diversidades en plenitud. El museo entonces, como ese lugar que puede dar cobijo, albergando todas las voces, todas las miradas, todo el hacer colectivo; porque como ideal y posición efectiva, se trabaja en la promoción de los valores democráticos, en esos que trascenderán a lo largo del tiempo de modo inacabado.

El museo, por ende, no debe y no puede, permanecer ajeno a las constantes sociales, culturales, políticas, económicas, que atraviesan de modo muy distinto a cada sector de la sociedad, a cada una de las comunidades, y en particular a la vida de las personas.

Entonces, como territorio y comunidad misma que es, debe propiciar el ejercicio de la educación, y por medio de ella caminar hacia ese museo que se despoja de elitismos y de largos procesos históricos de hegemonía colonialista.

Y aquí comprendemos que, para llevar adelante programas, proyectos, acciones, es necesaria la formación continua, efectiva y afectiva de educadoras y educadores con el claro fin de contar con esos instrumentos que posibiliten la transformación de la vida del museo y ofrezcan herramientas a las comunidades para su mejor vivir.

Por lo tanto, la educación es un valor que nos atraviesa permanentemente, sabemos que está centrada en la transmisión de valores y en la construcción de conocimientos por parte del sujeto que aprende. Si desde el museo entendemos que podemos habilitar la palabra -no como propietarios sino porque sabemos que no lo hacemos habitualmente-, y ser juntos/as, agentes de cambio social, la educación será ese valor que nos trascienda como seres humanos y nos posicione frente a la tarea que desarrollamos en el museo, nos implique con nuestras comunidades y podamos construir el sentido de ciudadanía conviviente en el territorio. Esto dependerá del lugar que le otorguemos a “los patrimonios” -aquí me permito una digresión y tomo lo dicho por Mario Chagas en México recientemente cuando nos habla de “herencia fraterna”-, que albergamos y al compromiso que asumamos para que esas comunidades se reconozcan en ese proceso identitario.

Y aludiendo a la denominación habitual del “patrimonio”, me interesa pensarlo en plural. Considero que educar en los patrimonios al que a la vez lo entiendo dentro de la clasificación personal de lo “social”, es armonizar los sentidos para que se produzcan transformaciones en las formas de pensar y de actuar; educar, por lo tanto, es provocar cambios de actitud, o como expresa Freire *“la educación connota un proceso de revolución en la cultura”*.

Para que hablemos de la incidencia plena que tiene la educación en la transformación, es oportuno que pensemos en el adentro de la institución, es decir en lo que respecta a temas de in/formación que se pueden entender como pendientes y resultado entre teoría y práctica, y en particular en tiempos de alta complejidad en diferentes órdenes, creo que la asignatura que refiere a la cibercultura es un punto de inflexión a partir de las brechas digitales que hemos vivido estos últimos años.

A lo que cabe preguntarnos de manera consciente: ¿qué ofrecemos a estas sociedades que nos demandan otras acciones en respuesta a sus realidades?, y más aún, ¿cómo lo hacemos en situaciones que entendemos de vasta inequidad?, por ejemplo, trayendo el concepto de la cibercultura, donde para una parte de la población es apropiada, para otra no tiene alcance ni llegada próxima a la información ni la comunicación. Aquí cito la información de UNESCO en estos últimos tiempos, cuando destaca que más del 40% de la población mundial no posee el servicio de internet y muchos/as más no cuentan con un ordenador o computadora.

En este último sentido, no desconocemos que al museo se le pide hacer otros esfuerzos de aprendizaje y de realización, con el fin de fortalecer ese lazo que entramaba (pre-pandemia), una relación presencial, física, afectiva y emotiva, desde otras perspectivas y prioridades colectivas.

Considero oportuno pensar en las tensiones que se generan al momento de enlazar conocimientos sobre la cultura digital para luego plasmar acciones para todas y todos. Y es aquí donde podemos citar la crisis del orden antropológico que se da, ¿y en qué aspecto?, respecto a los ritos que llevamos adelante junto a dichas comunidades, sabiendo que los mismos son acciones simbólicas como escribe Deloche (2005). Transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionadas a las comunidades.

Entonces, ese museo al que deseamos hacer referencia, es el que tiene la capacidad de caminar a la par de la vida real de las personas y de esa población donde se halla situado, proponiendo constituirse y sin romantizar ninguna situación ni acción, en elemento dinamizador de la sociedad que lo integra.

Sabemos también, que democratizar los espacios y la construcción de programas, como al museo en sí mismo, conlleva accesibilidad e inclusión real (abandonando lo discursivo), lo que se entiende como facultades implícitas para todos los públicos y de todos los sectores socio-culturales y económicos.

Las personas y las instituciones, es decir, quienes conformamos los diversos grupos sociales que antes he venido mencionando, enfrentamos enormes e infinitos desafíos. Las dinámicas que se dan tanto a nivel cultural, como en la faz política, económica, científica, técnica y hasta del orden cognitivo, tanto en ámbitos virtuales como reales, han colocado a los seres humanos frente a un escenario que se moviliza rápidamente y muchas veces se advierte alterado, donde van interactuando y apropiándose de ellos y ellas, casi sin terminar de comprenderlos.

Habitar el museo hoy, conlleva nuevas formas de construir. Evoquemos la Mesa de Santiago (1972) en sus 50 años desde que se llevó a cabo; allí ya refieren a aspectos centrales que aún perduran en este siglo XXI, que atañen a nuestra región y a sus museos cuando mencionan que *los cambios sociales, económicos y culturales que se están produciendo en el mundo y, sobre todo, en muchas de las zonas subdesarrolladas, constituyen un reto a la museología.*

Entonces... ¿qué es un museo actualmente?, ¿qué papel le damos a la educación, y su consecuente transformación social?

Atravesamos cambios de paradigmas (esto no es nuevo), los cuales sabemos, están acompañados por los grandes cambios sociales. Asimismo, es importante destacar, que antes nos deteníamos específicamente en el “objeto museológico”, hoy lo debemos hacer en el “sujeto social”; con ello no estamos diciendo que ese objeto ya no es lo importante o relevante en el marco de las múltiples narrativas, sino que ambos, tanto objeto como sujeto son tomados como referentes de la memoria. Ese cambio de paradigma nos permite inferir y darnos cuenta como ya expresamos, que el museo es territorio a la vez que un proyecto político, por ello creo que estos cambios tan mencionados, están íntimamente ligados al rol que cumplen los museos ante sus sociedades y el especial involucramiento que deben propiciar con sus comunidades. Sin ellas no hay museo, sin ellas no hay posibilidades. Ellas deben ser las protagonistas.

Y en este decir hablemos del “empoderamiento” de las y los educadores de los museos, cuando entendemos que habitar el museo, resulta de la inmensidad de la labor desarrollada por ellas y ellos-nosotras y nosotras, desde todas sus dimensiones; es allí donde

el proceso y el resultado nos conducen a poner la atención en el valor actual que se le da al mismo desde sus comunidades, porque es donde ese museo se reconoce en ellas y reconoce a éstas, como parte fundamental e insustituible para dialogar y trabajar tanto para la formación como para la consolidación de identidades individuales y colectivas, con el propósito de favorecer de manera indiscutida la expresión de situaciones y perspectivas, que propugnen esa cita con las y los otros.

Este empoderamiento genera que el museo sea concebido por cada colectivo social, como un espacio que creemos seguro para exponer ideas, conocimientos, conceptos, realidades, vivencias, que puedan ser escuchados o conocidos, comprendidos, confrontados, apreciados, reivindicados, celebrados y también acreditados. Es decir, que son ellas y ellos quienes lo legitiman para que en ese “andamiaje” se origine una construcción horizontal, desde donde es posible enfrentar y dar respuesta a circunstancias y realidades disímiles.

Por lo tanto, para involucrarse y atender a los requerimientos y también exigencias, que se les plantean a los museos y a las educadoras y los educadores, en este caso particular, en Latinoamérica, observo detenidamente, que en la actualidad están actuando protagónicamente en un importante proceso de transformación, y muchos de estos factores, son el resultado de la promoción de espacios de formación continua y específica que ofrecen mayores herramientas y alternativas para llevar adelante trabajos de campo de impacto social.

Igualmente, podemos hablar cómo se da el proceso educativo en ellos, y para esto, me detengo en un concepto que es clave: la creatividad. Para esto, tomo de estudios realizados por un investigador argentino, del campo de la educación, sociólogo y pensador como Adrián Scribano, párrafos donde nos dice que la creatividad, está estrechamente conectada a “imaginar”, “jugar”, “experimentar”; que “crear es intervenir y transformar la realidad”; que “los actos creativos son actos sociales”, y que siempre que lo hacemos, lo hacemos con el otro”. También nos dice que “no hay nada más demandado que la creatividad y nada más recortado que los espacios de creatividad” en las instituciones (2016). Por eso enfatizo fuertemente la construcción que llevan adelante los espacios educativos y sus educadoras y educadores, y en más de una ocasión sin los recursos necesarios.

Y si volvemos al inicio, es decir al poder -la potencia, la fuerza- de los museos, y si éste está en todas partes y viene de todas partes, claramente podemos decir que el poder está en las y los educadores de esos museos y en sus comunidades, la fuerza, la potencia, está en fortalecerse en la formación continua, como profesionales para tener la convicción y la decisión de trabajar en construir un museo más humano.

El poder es la fuerza indiscutible para la acción conjunta, el poder es el querer construir juntos y juntas para cambiar, movilizar, el mundo y sus realidades adversas.

Y lejos de la añoranza, y en la comprensión de saber que hoy somos parte de un mundo que se nos presenta distinto, nos propongamos construir otra representación de la vida social, de la experiencia compartida, a partir de acciones individuales solidarias, de movilización colectiva, así como bregar por el acuerdo de políticas públicas que generen confianza y sentido de sociedad.

Para finalizar deseo compartir estas palabras para la reflexión conjunta: *No podemos tener la esperanza de predecir el futuro, pero podemos influir en él. En la medida en que las predicciones deterministas no son posibles, es probable que las visiones del futuro, y hasta*

*las utopías, desempeñen un papel importante en esta construcción. Hay personas que le temen a las utopías; yo le temo más a la falta de utopías (Ilia Prigogine, 1994).*

Silvana M. Lovay

## Referencias bibliográficas

- Chagas, M. de S. (2009). *A imaginação museal: museu, memória e poder em Gustavo Barroso, Gilberto Freyre e Darcy Ribeiro*. Brasília: Ministério da Cultura, Instituto Brasileiro de Museus.
- Deloche, B. (2005). “¿Es el museo virtual un competidor real para el museo institucional?”. *Mus-A: Revista de los Museos de Andalucía*, 5: 16-21.
- Freire, P. (1976). *La educación como práctica de la libertad*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- (1996). *Política y Educación*. México: Siglo XXI Editores.
- Prigogine, I. (1994). “De los relojes a las nubes”. En: Schnitman, D. F. *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Barcelona: Paidós.
- Sauquillo, J. (2017). *Michel Foucault: Poder, saber y subjetivación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Scribano, A. (2016). *La sociología de las emociones en Carlos Marx*. Raleigh, NC. EEUU: Editorial A Contracorriente.
- (2017). “Emociones y dependencias”. En: Scribano, A. y Aranguren, M. (Comp.) *Aportes a una sociología de los cuerpos y las emociones desde el Sur*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- UNESCO (1973). *Informe Final de la Mesa Redonda sobre el Desarrollo y el Papel de los Museos en el Mundo Contemporáneo de Santiago de Chile*. Montevideo. Uruguay.